

»cladas unas con otras, y esparcidas en diversas partes de ella, mez-
 »cladas nuestras generaciones y familias, de manera que poca ó ninguna
 »comunicación tenemos tiempo há con nuestras cabilas ó familias que
 »moran en Africa; así que esta falta de union ha dividido tambien nues-
 »tros intereses, y de la desunion procedió la discordia y apartamiento,
 »y la fuerza del Estado se debilitó, y prevalecen contra nosotros nues-
 »tros naturales enemigos, y estamos en tal estado que no tenemos
 »quien nos ayude y valga, sino quien nos baldone y destruya: siendo
 »de cada dia mas insufrible el encono y rabia del rey Alfonso, que co-
 »mo perro rabioso con sus gentes nos entra las tierras, conquista las
 »fortalezas, cautiva á los muzlimes y nos trata de pisar debajo de sus
 »pies sin que ningun Amir de España se haya levantado á defender á
 »los oprimidos, mirando con descuido la ruina de sus parientes, ami-
 »gos y vecinos, sin siquiera ejercitarse á ello por defensa de nuestra
 »ley; y en verdad que lo pudieran haber hecho si hubieran querido, co-
 »mo debian, sino que ya no son los que solian, que el regalo, el sua-
 »ve ambiente de los aires de Andalucía, las recreaciones, los delicados
 »baños de sus aguas olorosas, y frescas fuentes y confisionados manja-
 »res los han debilitado, y ha sido causa de que teman entrar en guer-
 »ra y padecer fatigas, sin moverlos á ello causas tan justas; así es, que
 »ya no osamos alzar cabeza, etc. (4).» Si realmente se envió á Yusuf
 esta carta, fuerza es reconocer que su contexto era mas á propósito pa-
 ra estimular su ambicion que para inspirarle otros sentimientos. Dice-
 se que el conquistador africano, ignorante de la lengua árabe, tuvo que
 valerse de un intérprete para leer la misiva de los nuevos vándalos, y
 que por el pronto mandó se les contestase protestando miras pacíficas
 y hasta fraternales: que los Emires de Andalucía se regocijaron al re-
 cibir su respuesta y casi se lisonjearon de poder tener á raya en lo su-
 cesivo al terrible monarca Castellano contando con la poderosa amis-
 tad de Yusuf Ben Texfin; pero que viendo al fin que ni de este modo
 intimidaban á los cristianos, sino que por el contrario recrecian las hos-
 tilidades y depredaciones de estos, se decidieron á enviar á Africa una
 segunda embajada llamando en su socorro á los Almoravides. Llamo-
 dos ó no, invadieron estos á España el año 1086, y fué inmenso el ter-
 ror de la nacion entera, cristiana y musulmana, al ver holladas sus llan-

(4) Conde, *Historia de los Arabes*, etc. Tomo II, cap. XIV.

nuras por aquellós salvages Bereberes, negros y Beduinos del Atlas, medio desnudos, que con su extraño aspecto, sus clámides de antílope, sus largas picas y descomunales espadas difundian por todas partes el espanto. De todos modos, mas estimaba el Sultan de Sevilla verse de pastor del rey de Marruecos guardando sus camellos, que ser tributario de los perros cristianos y guardar sus puercos (1).

La expedicion se hizo con el mayor orden, habiendo dispuesto Yusuf en Ceuta todo lo necesario para el pásage. Habíansele allí incorporado los ejércitos y tribus convocados para el *aljihed* ó guerra santa, y procedentes de las cabilas y familias de Sahra, de las tierras meridionales del África, del pais de Zab, de Magreb y del Awsat. Había hecho preparar naves, revistado sus tropas y reconocido las tiendas armadas en las dilatadas llanuras que se estienden entre Tetuan y Tánger. Había por último ordenado el trasporte sucesivo de cada cuerpo de ejército, y fueron tantos los hombres armados que en unos cuantos dias puso en la ribera occidental de la bahía de Gibraltar, que solo el Criador podía contarlos. Cuando hubo pasado todo su ejército y este trasladó sus infinitas tiendas á la campiña que riegan el Guadalmecí y el río de la Miel, cuyas aguas bastaban apenas para tan gran número de combatientes y para abrevar á sus caballos y camellos, se embarcó Yusuf para cruzar el Estrecho, con su hijo Ibrahim á la cabeza de un cuerpo de generales y capitanes de los mas distinguidos entre los Morabitas, levantando las manos al cielo e implorando el favor del Todo-poderoso para la empresa que iba á acometer. Fué hasta la misma costa á recibirle el Sultan Almutamed, y despues de haber el Africano fortificado á su placer á Algeciras, dejando en ella una guarnicion de confianza toda de gente de su tribu, fueron ambos la vuelta de Sevilla procediendo en todo de concierto y recibiendo Yusuf en las poblaciones del tránsito los agasajos que de antemano le estaban prevenidos por los andaluces. El ejército africano halló asimismo en su marcha comodidades y tiendas bien abastecidas, mas por efecto de la solicitud del Sultan y de los gobernadores, y del temor de los habitantes, como es fácil suponer, que por la simpatía que pudieran despertar en ellos los mal agestados bárbaros.

En cuanto Don Alfonso tuvo noticia de la venida de los Africanos

(1) Proverbio con los árabes del Califato andaluz justificaban el triunfo de los Almoravides.

y de los aprestos militares que se hacian en Andalucía, convocó para la guerra todas sus huestes, con las de los ricos-hombres y las mesnadas de los concejos, y partió al encuentro de Yusuf llevando por su general á Alvar Fañez, no sin mandar al propio tiempo al famoso Rodrigo de Vivar, llamado el Cid, que acudiese por la parte de Toledo para echar á los infieles que se le entraban por aquella tierra. «El rey Don Alonso, dice Sandoval, llegó á toparse con los moros africanos y españoles que con ellos venian, que eran innumerables: rompió con ellos, y la batalla fué sangrienta, porque eran muy desiguales, y los cristianos muchos menos en número. Fueron desbaratados, pero el rey Don Alonso con un escuadron de su gente estuvo firme, y rompió hasta las tiendas del rey de Marruecos, pero no pudo entrar el lugar donde estaba fortificado, ni sacarle dél, antes se vió allí muy apurado, y que iba faltando el dia. Estando en esto llegó aviso que los enemigos le saqueaban ya como victoriosos el Real y las tiendas. Voló á desenderlo, picándole siempre los móros, que se trataban como vencedores; hizo el rey cuanto pudo por sostenerse y defender sus alojamientos, cerróse la noche, que valió para no ser el rey Don Alonso de todo punto vencido; recogió su gente como pudo para fortificarse y salvarse, ó esperar cuando mas no pudiese otro dia al enemigo; fué su buena ventura que el de Marruecos no pudo ejecutar la victoria. Dicen que porque tuvo aviso que en Africa se levantaban contra él, y le convino volver luego á asegurar su reino, y no perder lo cierto por lo dudoso.» Esta rotura del rey Don Alfonso VI fué el 30 de octubre de 1086: perdió el monarca castellano mucha gente, y salió mal herido de la batalla (1). Tuvo ésta lugar en Zalaca, cerca de Badajoz.

Algunos historiadores árabes dán distinta explicacion á la retirada de Yusuf Ben Texfin. Despues de permanecer cuatro dias en el campo de batalla recogiendo los despojos, y de haber demostrado su gran generosidad cediéndolos todos al ejército andaluz, Almutamed le in-

(1) La compilacion de historias árabes de Almakkari, que con tanta frecuencia citamos, trae pormenores curiosos sobre esta batalla de Zalaca. Hace mencion de los obispos, clérigos y religiosos, que iban en la hueste del Castellano, y de cómo exhortaban á los soldados levantando en alto las cruces y presentándoles abiertos los Evangelios. Tambien los teólogos musulmanes, y los demás varones distinguidos por la santidad de su vida que iban en los dos ejércitos mahometanos coligados, hacian lo mismo por su parte; llenando las funciones de los katibes ó predicadores, erigieron en el campo multitud de púlpitos, y desde allí amonestaban á los soldados á pelear con valor y resolucion.

vitó á pasar á Sevilla, donde entraron juntos los dos príncipes acompañados de una numerosa y brillante escolta. Alojó el árabe al africano en su propio palacio, edificio magnífico que, lo mismo que el de su padre Almutadhed, llenó de sorpresa á Yusuf y á su comitiva por las delicias de todo género de que allí se hallaban rodeados; y agregándose á los regalos de una existencia cual hasta entonces nunca la habían conocido, la hermosura, fertilidad y riqueza del país y los primores que á cada paso en la ciudad descubrían, es fama que entre los generales de Yusuf nació el pensamiento de destronar á Almutamed; pero el sagaz Emir de Marruecos juzgó mas prudente aplazar esta empresa para cuando el trono sevillano estuviese aun mas minado por la carcoma de los placeres y la disipación. Volvióse al Africa después de haber tomado secretos informes acerca de la conducta del Sultan, prendida para él la mas segura del futuro desamor de su pueblo, confiado en que muy en breve tendría ocasión de volver á buscarle, no como aliado, sino como émulo y mortal enemigo.

Así sucedió en efecto. Privadas las armas agarenas en España del socorro de los Almoravides, la monarquía cristiana alcanzó grandes creces: la iglesia de Toledo estaba sabiamente gobernada por sus ilustres arzobispos; los ejércitos de Don Alfonso conquistaban todos los años plazas y castillos importantes en Valencia, Murcia y Portugal; Castilla se repoblaba, las ciudades de Segovia, Ávila y Salamanca renacían de sus ruinas; fortalecían el brazo del castellano nuevas y dichosas alianzas con la preclara sangre de Borgoña; los religiosos de Cluni reformaban la disciplina de nuestros monasterios un tanto relajada de resultas de las pasadas turbulencias; el Cid se hacia dueño de la hermosa ciudad del Turia, y amanecían por último para la cristiandad los días gloriosos de las cruzadas por obra del santo y virtuoso Urbano II. En todas partes se anunciaba para el mahometismo un supremo conflicto. Corría el año 1095: Don Alfonso tenía puesto sitio á Zaragoza, asistido de cuatro obispos y otros tantos abades y los principales magnates del reino: algunos de nuestros historiadores suponen que para esta guerra había el rey traído de Africa los moros Almoravides (1); pero los escritores árabes refieren que Yusuf había ya vuelto á España en dos ocasiones anteriores á esta, una en 1088 para socorrer al rey de

(1) V. á Sandoval, reinado de Don Alonso el VI. Era 1135.

Murcia estrechado en Aledo, y otra en 1090 para expugnar á Toledo, tentativa que se le frustró por haberse negado á cooperar á sus designios los mahometanos andaluces. Añaden que el Emir africano, ofendido de la punible indiferencia de los reyes de Andalucía, mandó á su general Seyr Ibnu Abí que fuese declarándoles la guerra á todos y reduciendo unas tras otras sus ciudades y fortalezas, pero comenzando por los estados mas inmediatos á los dominios del castellano: lo cual fué ejecutado puntualmente. Avanzando Seyr contra Ben Húd, rey de Zaragoza, tomó á Roda por estratagema; luego destronó á los reyes de Murcia y Almería; puso en cadenas á Abdullah, rey de Granada, el fundador de la dinastía de los Zeiritas, y al Gobernador de Málaga; dió muerte al rey de Badajoz, Ben Al-aftas, ahogando en su sangre su descendencia; y por último sitió á Almutamed en Sevilla. Acudió este á la defensa de su reino enviando sus hijos mayores á atajar el paso al invasor: uno de ellos pereció bizarramente en Carmona, y otro cerca de la capital en un renido encuentro: el padre hizo en aquel trance critico prodigios de valor en el cerco que sufrió la capital; pero todo fué inútil; el general bereber arrolló toda resistencia, y Sevilla cayó en poder de los Almoravides, los cuales mandaron á Almutamed y su familia á Africa cargados de cadenas. Murió este rey en Aghmát aquel mismo año de 1095, despues de haber ocupado por espacio de veintiseven años el trono de Sevilla.

Hallábase á este tiempo Don Alfonso pobre de gente y de dinero con las pasadas guerras, y falto de salud en la ciudad de Toledo. Los Almoravides, criados en las armas y soberbios, muerto Ben Abbád, se levantaron contra su yerno el rey cristiano, y aun se asegura que Seyr Ibnu Abí se declaró en Andalucía independiente del Miramamolin de Marruecos. Los moros españoles, cediendo á su preponderancia, se alzaron tambien contra el Castellano, y llevándolo todo los mahometanos de ambas razas á sangre y fuego, comenzaron para la cristiandad en España nuevos dias de luto y desolacion. Los mozárabes, que hasta entonces habian disfrutado de largas épocas de paz entre los agárenos, fueron casi todos pasados á cuchillo. Destruyéronse los templos, y esta vez no quedó rastro de iglesia ni monasterio en toda la Andalucía, ni en la tierra de Estremadura, Murcia y Valencia. Don Alfonso, impedido por su enfermedad, no pudo salir á campaña: envió en su lugar al infante Don Sancho, su hijo único, niño de unos once años de edad,

acompañado de los condes y toda la nobleza de Castilla, y encontrándose en Uclés ambos ejércitos, trabóse sangrienta batalla, en que los Castellanos se desconcertaron. Metióse el infante á pesar de su tierna edad mas de lo que debia en la refriega: mataronle el caballo, cayó en tierra, y á pesar de la heroica fidelidad del conde de Cabra que trató de salvarle la vida escudándose con su cuerpo, fué allí miserablemente hecho pedazos con siete de sus condes. Traspasado de dolor el rey de Castilla al saber la muerte de su hijo, trató de vengarla: viendo que en sus caballeros no había las fuerzas y ánimo que eran menester, consultó con médicos sabios la causa: dijeronle que sus nobles usaban mucho de los baños y se daban demasiado á los placeres, regalos y vicios, en vez de ejercitarse con asiduidad las armas; y entonces el rey mandó derribar todos los baños y reformar los trajes y regalos excesivos. Por lo visto duraban todayía reliquias de la funesta molicie oriental que perdió á los Visigodos. Para satisfacerse de la afrenta recibida en Uclés y recobrar los lugares que en aquella mala jornada había perdido, hizo el mayor aparato y leva de gente que pudo. Sacó de las fronteras los mas lucidos y honrados caballeros: enviaronle los concejos á porfia la mejor y mas brava parte de sus mesnadas: los ricos-hombres y señores acudieron con sus huestes, y juntó entre todos Don Alfonso hasta siete mil lanzas y cuarenta mil infantes. Con este poderoso ejército se puso sobre Córdoba, y la sitió; la ciudad temerosa se dió á partido, entregándole los cristianos cautivos, y puso á su disposición los bienes de los Almorávides, que eran muchas joyas y caballos.

Yusuf Ben Texfin había muerto, y reinaba en Marruecos su hijo Abulhasán Ali. Había mandado á éste su padre, al fallecer, que no hiciese la guerra á las tribus del Atlas, que celebrase alianza con el rey de Zaragoza para poder hostilizar provechosamente á los cristianos, y finalmente que estableciese su corte en Sevilla. Noticioso el nuevo Miramolin del insulto hecho al Islam por el castellano en Córdoba, pasó á España: Don Alfonso recibió aviso oportuno y fué en su busca. Habían pasado para los Almorávides aquellos afortunados días de Zalaca y de Uclés en que la espantable presencia de sus soldados medio desnudos y el sordo trueno de sus tambores bastaban á producir la consternación en los corazones cristianos: fortalecidos estos en la dura escuela del incansable Don Alfonso, desafiaban ya con halagüeño sem-

blante la furia de la morisma. Así el campo cristiano avanzó tanto ahora, que estragando toda la tierra entre Córdoba y Sevilla, se metió como desbordado torrente en la capital de Ali Abulhasán, el cual salió de ella huyendo y volvió á embarcarse para Africa.

Los últimos años del rey Don Alfonso fueron una serie de victorias: los árabes y moros de Andalucía por una parte, viéndose sin caudillo, se le rindieron haciéndose sus tributarios; Cuenca y Ocaña fueron entradas después de una obstinada resistencia, si bien comprando los cristianos la victoria con la muerte de muchos nobles caballeros; puso Don Alfonso en el trono de Sevilla á un nieto de Ben Abbad su suegro, y coligados ambos, armaron galeras y naves que hicieron grandes estragos en las costas africanas, corriendolas todas hasta Tunez y apresando en esta campaña de mar muchos bajeles al enemigo. Por otra parte en Africa «permitió el Todopoderoso, dicen las historias árabes, que Mohammed Ben Tuimarta, por otro nombre Al-mahdí, fundador de la dinastía de los Al-muwahedán ó Almohades, se levantase contra la dinastía de los Lamtunitas ó Almoravides, arrebataéndoles extensas provincias; con lo cual quedó el poder de Abulhasán tan debilitado, que tuvo que pedir paces al cristiano. Murió en esto Don Alfonso de Castilla (A. D. 1109); pero contra los sectarios de Mahoma se había alzado ya formidable en el reino de Aragón otro Alfonso, hijo del rey Don Ramiro, cuyas brillantes campañas en los dominios muzlemitas no referirémos por ser agenes al cuadro de nuestro actual estudio. Ali Abulhasán, ocupado principalmente en la guerra de Africa contra los Almohades, no volvió á España: dejó de gobernador en Sevilla á su hermano Abú Táhir Temín, y á la muerte de este, ocurrida en 1126, recayó la corona de Marruecos y de Sevilla en su hijo Taxefín. Ali no murió hasta el año 1143; reinó treinta y seis años y siete meses. El mismo año que falleció en Sevilla Abú Táhir, dió fin á sus días en Castilla Doña Urraca, la hija de Don Alfonso VI, y acabaron con ella sangrientas calamidades que habian mancillado los lauros de la monarquía castellana. Con el advenimiento al trono de Taxefín coincidió, pues, en Castilla la proclamación de Don Alfonso VII, de sangre borgoñona por parte de su padre el conde Don Ramón. Pero Taxefín no llegó siquiera á ver sus Estados de Andalucía, porque huyendo de Wahrán donde le tenian estrechamente sitiado los Almohades, tuvo oscura muerte en un precipicio, al cual le arrastró galopan-

do de noche su predilecta yegua *Rihánah* (1). No alcanzó mejor suerte su hijo Abu Isác Ibrahim, á quien degolló Abdalmúmen en Marruecos despues de conquistar á Tremecen, Fez y Salé (A. D. 1147).

El pueblo andaluz, viendo que el imperio de los Almoravides caía hecho pedazos, arrojó la máscara del disimulo y rompió en abierta rebelion contra sus regidores de Africa. Reprodujérонse las divisiones que habian tenido lugar á la caida de la dinastía de los Umeyas: cada gobernador, cada general arrojado se llevó un trozo del poder lamtuníta en Andalus, y llegó el caso de haber tantos sultanes como ciudades y castillos. Este período de confusion y anarquía lleva entre los árabes el nombre de *segunda guerra civil*. Proclamáronse independientes, en Córdoba Ben Hamdin; en Cádiz y todos los distritos circunvecinos, Ben Maymún, repartiéndose con él Ben Kasi y Ben Wazir el dominio de toda esta tierra, antes patrimonio de los Beni Alafatas. Alzóse en Granada un jefe arriscado y temido llamado Maymún Al-lamtuní; y se enseñoreó de Valencia, y de una gran parte del Levante, Ben Mardaníah Aljodhamí. Pero todos menos este último se disiparon ante los victoriosos estandartes de Abdalmúmen que sometió á su yugo la España musulmana. Sevilla y Málaga estaban en poder de los Almohades desde el año 1146: tres años despues les entregó Ben Ghaniyyah la soberbia Córdoba, la famosa ciudadela del Islam.

Abdalmúmen no llegó á entrar en Sevilla: la única vez que vino á Andalucía se contentó con permanecer dos meses en Gibraltar (*Jebal Tarik*) edificando un fuerte castillo para el cual dió él mismo la traza. Murió cubierto de laureles, ganados por sus lugartenientes en Almería, Granada, Badajoz, Beja, Ebora y Alcázar do Sal, el año de la egira 558 (A. D. 1163), cuando se disponía á hacer una entrada formidable en España, para la cual había reunido trescientos mil hombres de las tribus árabes y zenetes de la secta de Mahdí, y ciento ochenta mil voluntarios de Marruecos, ganosos de morir en guerra santa por la causa del Profeta. Todo anunciaaba que queria Dios fiar la suerte futura de la cristiandad en España á un conflicto supremo. Mientras mas se robustecia el poder de los Almohades, mas crecia tambien la pujanza de las monarquías castellana y aragonesa. Yusuf, el hijo de Abdalmúmen, recibia en Sevilla la sumision de los hijos del temido rey de

(1) V. á Almakkári, lib. VIII, cap. II.

Valencia y Murcia Ben Mardanish: todo lo mejor de la península era ya suyo, y su ánimo varonil le impelia á la conquista de Toledo amagando ya á Calatrava: y la España cristiana, bajo sus reyes Don Sancho el Deseado y Don Alfonso VIII; se armaba de nuevas defensas revistiendo la loriga los heróicos monges cistercienses y los canónigos de San Eloy, fundadores de las inmortales órdenes militares de Calatrava, Alcántara y Santiago. Cristianos y Almohades, cada cual por su parte, eran gobernados por grandes reyes: al valiente y piadoso Yusuf contraponía Castilla su Don Sancho III; al hijo de aquel, Yakub Almansur (el victorioso en la gracia de Dios), triunfante en Alarcos (1195), y á Annásir Lidin-illah, opuso Dios el prudente y bizarro Don Alfonso VIII, triunfante en las Navas de Tolosa (año 1212).

Esta memorable batalla, designada por los historiadores árabes con el nombre de rota de Al-akáb, hundió en España el imperio de los Almohades. Fué tan grande la pérdida de estos, que los distritos y ciudades del Africa occidental quedaron casi despoblados. «Seiscientos mil combatientes, dice Almakkári, puso Annásir en el campo de batalla; todos perecieron, á excepcion de unos cuantos que quizá no llegaron á mil. Esta batalla fué una maldicion, no solo para Andálus sino para todo el Magréb.»

Antes de narrar cómo terminó en Andalucía el reino de los Almohades, debemos decir el estado de prosperidad en que sus Emires constituyeron á Sevilla. Yusuf, el hijo de Abdalmúmen, fué el que ordenó la reconstrucción de la mezquita mayor, y su hijo Yakub Almansur quien terminó su insigne torre, comenzada el dia 13 de Safar del año 580 de la egira (A. D. 1184) (1). Ya dejamos dicho que la primitiva mezquita mayor había sido incendiada por los Normandos ó *Almajuces* (2) en tiempo de los Califas. Probablemente subsistirían en pie los restos del antiguo edificio cuando invadieron la Andalucía sus nuevos poseedores: así al menos nos lo hace creer el carácter grandioso de algunos arcos de herradura que se observan en el claustro llamado *de la Granada* ó *del Lagarto* y la fisonomía del muro exterior del patio de los naranjos á la banda del norte, partes del monumento sarra-

(1) Aunque Almakkári supone que Yakub terminó la construcción de la mezquita, sin decir cosa alguna de la torre, su anotador el Sr. Gayangos corrige este error teniendo presente la noticia que dá sobre esto Ibnu Sabi-s-salat.

(2) V. las páginas 310 y 320.

ceno que se salvaron al construirse la nueva catedral. Los Almohades traían á España un género de arquitectura diverso del que había florecido en el Califato, menos grandioso y robusto, menos bizantino en su ornato, mas africano que oriental, mas decorativo que monumental, de ornamentacion mas prolja y rica que razonada: sus alarifes ó *amines*, atendiendo mas á la pompa y lucimiento que á la solidez, añadian á los ladrillos de colores y barnizados que habian empleado los árabes, los relieves de yeso y estuco pintados y dorados, convertian en menudos y delicados festones de la misma materia los grandes lóbulos de fábrica con que sus antecesores habian embellecido los arcos; daban á estos mas esbeltez rompiendo sus claves en forma ojival e introduciendo los arcos de ojiva túmida que dán á sus fábricas tanta elegancia y ligereza; y por fin preludiaban con el empleo de las bovedillas estalactíticas el desarrollo de la caprichosa, galana y fantástica arquitectura granadina (1). Supla el lector de buena imaginacion con estas ligeras nociiones la lastimosa falta de datos en que nos hallamos respecto de la decoracion y ornamentacion de la famosa obra de Yusuf y Yakub (2), y figúrese embellecido con este rico atavío del arte mahometano del segundo período un edificio de las condiciones siguientes. Al gran rectángulo de la mezquita propiamente dicha, dirigido de norte á mediodia, precedia á la parte del septentrion un espacioso atrio, rodeado de claustros ó pórticos por las tres bandas de norte, levante y poniente. Otro patio habia á la parte de oriente del templo, cercado por las oficinas y viviendas de los alfaquies. El interior de la mezquita ofrecia una serie de naves paralelas tendidas de norte á sur y formadas de sendas arquerías, cuyo juego estribaba sobre columnas de mármol, reliquias de fábricas romanas, cubierta cada nave con su artesonado de madera labrada y pintada. Al sur de este edificio principal estaba el *Mihrab* ó santuario, que los árabes andaluces colocaron constantemen-

(1) En nuestro tomo de CÓRDOBA, describiendo la *tribuna de la Alicama* (hoy capilla de Villaviciosa) y las demás obras que llevó á cabo Almanzor en la suntuosa mezquita Aljama, hemos dado razon lata de esta demudacion del arte árabe desde fines del siglo X. Véanse las páginas desde 190 á 200.

(2) Del tamaño y forma de la mezquita principal de Sevilla despues de restaurada por los Almohades, muy poco puede conjeturarse habiéndose perdido la traza de la catedral antigua, segun mas adelante diremos. A las conjeturas de Morgado y Zúñiga, fundadas en los trozos de arquitectura sarracena que se dejaron subsistir y en las curiosas noticias del archivo que gozaron, podemos hoy añadir las que nos ofrece la historia del arte islamita, ya mejor conocido que en tiempo de aquellos escritores.